

LOS COLORES DE SU CORAZÓN

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ

Numerario

El mundo del arte ha estado siempre repleto de creadores cuyas obras han enriquecido el patrimonio artístico de la Humanidad desde los tiempos más remotos. Nada importa quién pueda llamarse dueño de tales obras, o quién tenga la responsabilidad de su custodia; su pertenencia al patrimonio cultural universal es indiscutible. Pueden estas obras estar catalogadas o no; pueden cambiar de mano por diversas transacciones; se puede haber pagado por ellas grandes o pequeñas sumas de dinero; pero, en el más moderno de los conceptos, toda obra de arte, esté donde esté, es patrimonio de todos los hombres y mujeres de todos los tiempos desde que la obra nace. La obra de arte sobrevive, normalmente, a su autor y sus contemporáneos; y del celo que pongan en su conservación quienes la posean, dependerá su legado a generaciones posteriores que heredarán con ella también la obligación de su custodia y cuidado para legarla a su vez a quienes les sucedan.

Algunos de los autores de estas obras pasan tan fugazmente por la constelación de estrellas del arte que apenas dejan huella. Otros, por su marcada personalidad, dejan una estela tan clara que graban su nombre con grandes letras en la Historia del Arte. Tenemos la suerte de haber compartido nuestros días con uno de estos destacados artistas. Hemos compartido con él los gloriosos días de la desaparecida Asociación de Artistas Toledanos, "Estilo"; las labores docentes en la Escuela de Artes; y los desvelos en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, que hoy se honra celebrando sesión pública y solemne en su pueblo natal, con motivo de la

inauguración del magnífico museo que albergará parte de su obra para siempre, merced a la exquisita acogida de la Real Cofradía del Santísimo Cristo de la Vera-Cruz, de Urda.

Cecilio Guerrero Malagón. Vano intento sería por mi parte tratar de esbozar siquiera su rica biografía. Quienes me han antecedido en el uso de la palabra acaban de escribir unas páginas de su vida que ya quedan impresas para la posteridad.

No diré nada, pues, de la vida de Guerrero; intentaré, sin embargo, hacer una semblanza de su obra, si bien que breve debido al tiempo escaso de que disponemos, dejando para otra ocasión el estudio más amplio que merece.

Alguien dijo que las cosas se parecen a sus dueños. Yo añado que las obras de arte se parecen a sus creadores. Una obra de arte, creada por un individuo, es fiel reflejo de su personalidad. Y la personalidad del individuo debe componerse, digo yo, de sus pensamientos, de su visión de la vida, de sus relaciones con sus semejantes, del lugar que ocupe en la comunidad, de sus vivencias guardadas en lo más recóndito de su ser, y puede que de otras muchas cosas que se escapen a mi ignorancia en la materia. Si todo esto forma parte de la personalidad del individuo y por consiguiente de la del artista, no habrá de extrañarnos, pues, que al igual que la caligrafía retrata la personalidad de los hombres y mujeres, la grafía de los trazos de un pintor nos hable también de él. Así como la luz de sus cuadros. ...Y sus colores preferidos. Los colores. ¿Tiene algo que ver el color que un artista maneja, con su personalidad? Yo digo rotundamente que sí. Sobre todo cuando un pintor permanece en estado puro. Me explicaré:

Está demostrado que todos o casi todos tenemos algún color preferido. Los pintores también. En muchos casos, en el proceso de maduración de la personalidad, esta preferencia por el color se diluye o desaparece y no se vuelve a tener constancia de ella. En un pintor, durante sus formación académica o autodidacta, también puede ocurrir que estas primeras preferencias se olviden. Se deforma o se

transforma su sentido cromático al adentrarse en el estudio del color. El conocimiento de los colores primarios, secundarios, terciarios... los complementarios, las interacciones, los círculos cromáticos; así como las teorías de los colores que múltiples tratadistas han puesto a nuestro alcance desde hace siglos, hacen, en muchos casos, que el pintor pierda el norte de sus colores preferidos y con ello una buena parte de su personalidad, logrando así que a veces no resulte demasiado fácil averiguar la autoría de un cuadro sin firma. Algunos pintores han permanecido puros en este sentido; fieles a sus colores preferidos. Estos son los que mayor personalidad han infundido en sus cuadros.

Decía Goethe que “los colores actúan sobre el alma. En ella pueden excitar sensaciones que nos calman o nos angustian, y provocan tristezas y alegrías”. Pero esto está referido a resortes que pueden emplear los pintores para buscar o producir sensaciones en los espectadores de sus obras, según empleen colores cálidos o fríos o jueguen con las interacciones. Cuando hablamos de los colores del pintor, de los que por razones de personalidad sean los preferidos del artista, nos estamos refiriendo a los colores que él tiene metidos en su alma, tal vez desde su niñez. Y este es el caso de Guerrero Malagón; tiene unos colores clavados en sus entrañas desde su infancia. Para cualquier persona, los colores primarios son, como sabemos, el rojo, el amarillo y el azul; con la mezcla de estos surgen los secundarios y después los terciarios, etc.; pero para Guerrero Malagón sus colores primarios fueron los primeros que vio en su contacto directo con la naturaleza; pues, un día mirando al sol, porque a Guerrero le gustaba mirar al sol tratando de dibujar su forma aunque se cegara en el intento, descubrió el amarillo. Y un día mirando el horizonte, descubrió el verde de los pastos de los prados y de los árboles. Y un día mirando al cielo, porque a Guerrero le gustaba mirar al cielo, descubrió el límpido azul de los cielos de Castilla.

Y aquel niño descubrió ¡oh maravilla! que el color existía. Y empezó a soñar con aquellos tres maravillosos colores básicos o

primarios para él. Y empezó a soñar con sus mezclas.

Se equivoca quien dice que el proceso de sensibilización de los colores en el niño lleva un orden evolutivo que siempre comienza por el rojo para, siguiendo la estructura espectral, terminar con el violeta. Esto será cuando un niño ha visto todos los colores. Pero cuando un niño ha visto sólo tres por primera vez, y se ha enamorado de ellos, el proceso de sensibilización será distinto. En un niño enamorado de tres colores, difícilmente llevará un orden "espectrista" su proceso de sensibilización cromática. No se pueden sensibilizar siete unidades cuando sólo se tienen tres.

Pero el niño Guerrero Malagón crecería, y al interesarse por la pintura llegaría a conocer otros colores. Y, por supuesto que los empleó en sus obras, mas siempre con ciertas reservas, dejando que aquellos sus primeros amores se mezclaran con el resto del arco iris bañándolo de sus tintes preferidos.

Podríamos decir que en su obra hay, en términos generales, una escasez del rojo y un predominio del verde, pues sus otros colores, el azul y el amarillo, también crean este último.

Muchos tratadistas definen el rojo como el color del fuego y de la sangre, como el color de la violencia. En los años que hace que conozco a Guerrero, medio siglo más o menos, jamás le he visto el menor signo de violencia. De crítica sí, pero sin ira.

El verde, sin embargo, está definido como el color de la reflexión, de la esperanza, de la crítica, del racionalismo, de la flexibilidad, de la ternura.

La historia de la pintura, desde los comienzos de la Modernidad, ha estado sembrada de "fatigas" que hacían agruparse a los artistas en pos de corrientes innovadoras. El Renacimiento fue seguido muy de inmediato por el Manierismo; algunos artistas descansaron siguiendo las "manieras" del coloso Buenarróti. El Barroco fue otro descanso de la fatiga del Manierismo en un nuevo hacer, en una nueva visión de la realidad, si bien el abuso semántico que de la palabra se ha hecho durante el pasado siglo por parte de la

crítica ilustrada, motejan al Barroco de estilo de desorden y de excesos, y de extravagancias artísticas. El empacho del Barroco fue sucedido en el último siglo de forma vertiginosa por infinidad de maneras o de conceptos que, no alcanzando el honor de llamarse “estilos”, han venido siendo conocidos como “ismos”. Mientras, en nuestra España artística, unas corrientes muy serenas habían tomado plaza: lo que alguien llama “el buen hacer del siglo XIX”.

Queda mucho por decir de este período de nuestra Historia del Arte. Tal vez alguien hable algún día de la inmovilidad de nuestro período romántico, sin menospreciar por ello la magnífica factura del “frágil costumbrismo” o del “meloso seudorealismo que viene a ser en pintura el equivalente a la poesía de Campoamor”, según ciertos historiadores.

Algunos españoles no estuvieron de acuerdo con esta forma de hacer arte, y, unos desde dentro y otros allende las fronteras, imponían su propia personalidad ante el cansancio de lo clásico inmediatamente pasado; Picasso, Gris, Dalí, Miró, Blanchard y, por qué no, Solana. Y, también por qué no, Guerrero Malagón.

Inmediatamente después del bello período “meloso” mencionado, se alza Guerrero Malagón con lo que podríamos considerar sus *apacibles adesios*. Había que tener valor. Y personalidad. El tópico de la España negra, en un momento en el que habría estado bien visto esconder, surge de la paleta de Guerrero como había surgido antes de la de Goya, Regoyos, Zuloaga o Solana.

Valor o personalidad. Para lo primero hay que ser un poco agresivo. Nos quedaremos por lo tanto con la segunda acepción: personalidad.

Era llegada la hora de pintar a Guerrero Malagón y sólo lo podría hacer desde sí mismo; desde su corazón enamorado de aquellos colores que han sido básicos en su obra: el campo, el cielo y el sol, en los que, unidos a sus trazos, nos ha parecido siempre ver un tinto de nostalgia acumulada en su personalidad como rescoldo de sus añejas vivencias. En sol de sus cuadros raramente brilla. El azul

de sus cielos se tiñe frecuentemente de otros tonos. Y el verde de sus campos está muchas veces ensombrecido. Con ello crea una pintura llena de tensión dramática en la que queremos ver una ausencia de provocación. Pero nadie podrá negar que es diferente, muy diferente al resto de la pintura de su época. Es decir: una pintura con personalidad; la pintura de Guerrero Malagón, que es su propia pintura. Damos por sentado que, como todos los pintores de todas las épocas, ha observado a otros artistas; a Solana, a Goya, al Greco, a Brueghuel... pero también ha visto a Rafael y a Miguel Angel, y a Velázquez y a Zurbarán, y la radiante luz de los impresionistas, y la cegadora explosión de los "fauvistas". Mas, su pintura es su pintura. La siempre surgida de sus sueños. No eligió él pasar por alto a unos para acercarse más a otros. Las influencias que cualquier artista recibe son las que su sensibilidad deja entrar en su espíritu; aquellas que hayan sido más afines con su alma.

Su pintura es su pintura. La de sus alucinaciones; la que siempre ha soñado despierto y ha dado vida en sus lienzos; la de sus vivencias pasadas, presentes, y por qué no, futuras; la de su personalidad; la de aquellos colores que vio desde niño cuando observara los prados y las brañas, los cielos de Castilla y el cegador sol al que mirara, tratando tal vez de averiguar de dónde le salía la luz; la de sus colores preferidos que desde niño han estado clavados en su corazón.

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA HERMANDAD DEL SANTÍSIMO CRISTO DE URDA

ANGEL MORALEDA ROMERAL

Al dirigirme a Vds., con estas breves y sencillas palabras no lo hago sólo en nombre propio, sino en nombre de quien represento en estos momentos, a la Hermandad del Stmo. Cristo de la que, como Párroco de ésta, soy Presidente.

Hace aproximadamente unos tres años Mariano Guerrero Malagón me manifestaba sigilosamente lo que estaba pasando por su mente, eran días de dudas, zozobra e indecisiones; el tema que me exponía había que pensarlo bien, dar tiempo al tiempo, madurar la propuesta a la luz de si era conveniente o no, etc., etc., en aquellos días en su conciencia se estaba decidiendo el futuro de sus obras, había muchos valores por medio, su esposa, sus hijos, familia. "Si Dios me llama ¿qué hago con todo esto?" me decía. Ante aquella manifestación sincera de un hombre honrado que se abre de par en par ante un amigo y sacerdote, yo no le podía dar una contestación definitiva, fui infinitamente respetuoso con su conciencia, la determinación la debía tomar él con el consentimiento de su familia. Así quedó la cosa. A los pocos meses me confesó: "Quiero dejar parte de mis obras a mi pueblo y a mi Cristo". Mariano -le dije-, si le parece bien, esta idea suya se la exponemos a la Asamblea de Hermanos y ellos que decidan. Así se hizo. En la Asamblea más próxima que tuvimos se expuso. El mismo Mariano, fue el que dirigió su propuesta a todos los Hermanos, siendo aceptada su decisión con un gran y emocionante aplauso, emoción, agradecimiento por parte de todos, éramos unos doscientos hermanos en aquella ocasión. Un momento muy emotivo por parte de Mariano que nos hacía ver su última